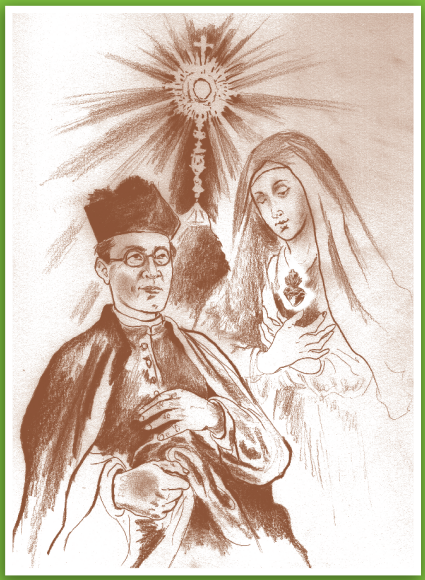
CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS



El Fundador

Venerable Padre Julio María Matovelle

COLECCIÓN
DE BOLSILLO
7

CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS

El Fundador

Venerable Padre Julio María Matovelle

– 2018 –

Matovelle Fundador
Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2018
Quito-Ecuador
ISBN: 978-9942-8735-0-7
© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 134 años de presencia oblata en el mundo y de los 89 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Ilustraciones:
David Rosero Enríquez

Impresión:
Gráficas Iberia - Quito
Telf.: 25 21 529
ediberia@gmail.com

PRESENTACIÓN

"La más hermosa corona que puede ceñir las sienes de un Prelado, es la de espinas".

(P. Matovelle)

La vida del Venerable Padre Matovelle entendida como un don de Dios para el mundo y la Iglesia, se manifiesta como un milagro viviente, pues en medio de la orfandad se convirtió luego en padre de los desamparados desde el derecho y el sacerdocio, y luego a la manera de la promesa hecha por Dios a Abraham, Matovelle se convirtió en padre de una estirpe numerosa que amó las letras, la cultura, la historia, el buen gobierno, el progreso del país, y todo lo anterior con el bálsamo suave de la fe manifestada en el amor inquebrantable a Dios por la vía de la caridad y el sacrificio con los más cercanos.

Bajo esta lógica, Matovelle en 1884 animado por el influjo luminoso del Espíritu Santo de quien todo ser

humano recibe dádivas divinas, funda la Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos y en 1892 la Congregación de Hermanas Oblatas de los Corazones Santísimos de Jesús y María, estos acontecimientos no se pueden leer sino con los ojos de la fe para entender de qué manera Dios sigue siendo Dios en las personas y en los hechos que dan cuenta del actuar del cielo en la tierra.

El acto de fundar una congregación religiosa se ha de considerar como una bendición de Dios para la Iglesia y el mundo entero, pues se trata de la concreción de la vida misma de Jesucristo en acciones humanas pletóricas de compasión y misericordia en medio de estructuras desiguales, corruptas e inhumanas que claman inclusión, aceptación, honestidad y ante todo respeto por la vida humana.

En este contexto de reflexión, las dos Congregaciones de Oblatos y Oblatas fundadas por Matovelle, no pueden entenderse hoy desde anacronismos y romanticismos de grandes gestas y conquistas, dejando a un lado la gran batalla cotidiana de humanizar el mundo de la vida; por el contrario, ellas comprometidas con el

mensaje vivo y transformador del evangelio, han de ser en medio de la sociedad, la voz de Dios que anuncia esperanza en medio de la desilusión, sueños en medio de fracasos, alegrías entre las tristezas, vida en medio de la cultura de la muerte, entusiasmo y vocación social por encima de la demagogia, fraternidad verdadera entre relaciones formales y frías, en síntesis, la vitalidad de Cristo en medio de prácticas farisaicas; tal es el sentido profético de una familia religiosa en un contexto epocal en donde los cambios son tan vertiginosos que ni siquiera alcanza el tiempo para pensarlos.

Estimado lector, Ud., tiene ahora en sus manos esta bella obra titulada "MATOVELLE, El Fundador", en la que encontrará a lo largo de los capítulos una ilación semejante a la de una novela que expresa la génesis de las dos Congregaciones antes mencionadas, el discernimiento hecho por el Venerable Padre Matovelle en el seno de la Iglesia, las aprobaciones respectivas de las autoridades eclesiásticas, los retos de los primeros años, los sufrimientos, el acomodarse en los rieles de la historia y luego el impacto de las dos Congregaciones en la vida de las personas a través del servicio humilde y prudente desde la óptica carismática de ser "hostias

vivas en la tierra a la manera de Jesús" impulsados por el espíritu del "Ob Amorem Dei" (Todo por amor de Dios) y animados por el lema oblato del Trabajar, Amar y Padecer para la extensión del reinado Social de Jesucristo.

Con la expectante esperanza de la siguiente obra que se titula "Matovelle el apóstol del Sagrado Corazón de Jesús", es útil mencionar aquí finalmente la revelación recibida de Dios por el Padre Matovelle a la hora de fundar la Congregación de Oblatos, que sin lugar a dudas da razón de la voluntad de Dios con sus obras: "Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre". (Apocalipsis 3,8).

Rvmo. Padre. Ernesto León D. o.cc.ss.

Superior General de Oblatos

CAPÍTULO I

Inclinación a la vida de Comunidad - Poesías al Santísimo Sacramento - Invitación a fundar una congregación religiosa para América - Consultas.

Matovelle sentía la necesidad de compañeros para entregarse a la práctica de todas las virtudes. Si se hallaba solo buscaba en seguida en la oración y meditación la compañía de Dios. La sociabilidad era para él algo que hacía falta a su propia alma para ir por la senda del Bien, necesitaba amigos se sus mismas ideas, de sus mismos anhelos para fortalecerse mutuamente en la lucha. La vida del párroco o del clérigo suelto le aterraba porque se sentía sin fuerzas para resistir sin compañeros a las tentaciones del mundo. La vida del claustro le atraía porque hallaba hermanos según su mismo espíritu que

iban como él a la conquista del Cielo. Pero el hombre propone y Dios dispone, no fue voluntad divina que entrase de hermano o de fraile en un convento, sino que abrazase la vida de sacerdote diocesano a la que tanto terror tenía.

La gracia no destruye la naturaleza, la perfecciona. Dios lo tenía ahora en el Seminario. Hizo del Seminario un convento y con los sacerdotes y seminaristas fundó la Sociedad del Santísimo Sacramento. Su fin era rendir a Jesús, escondido por nuestro amor en los altares, culto latréutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio, conquistarle en el confesionario, en el pulpito, en los escritos, en las conversaciones almas que le glorifiquen y honren, desagraviarle por los sacrilegios contra el adorable Sacramento, las irreverencias en las casas del Señor, en una palabra, convertirse en apóstol de la devoción y amor a la Divina Eucaristía.

No eran miembros de la sociedad sino sacerdotes o aspirantes al sacerdocio, y los primeros jueves de cada mes se consagraban a rendir a Jesús un culto especial asociándose a la Adoración de María su Madre, que le ama como ninguna criatura puede amarle, a San Juan

En esta imagen encontramos a Matovelle en el Seminario desempeñándose como Prefecto de Piedad, su presencia allí hizo de ese claustro formativo un verdadero convento, por la oración, la disciplina y el estudio. En el Seminario fundó la Sociedad del Santísimo Sacramento.

Evangelista su confidente en el Cenáculo, a San José, que le tuvo niño en sus brazos y gozó de sus voces angélicas que le cantan como a su Dios: ¡ “Santo, Santo, Santo llenos están el cielo y la tierra de la majestad de vuestra gloria”!

Los Amantes del Santísimo Sacramento acompañaban a Jesús especialmente en su Pasión, y las tardes de todos los jueves dedicaban a su dulce Maestro y divino Dueño una hora para adorarle imaginándose que se hallaban con Él en el Cenáculo, en agradable y familiar conversación.

Todos los días, lo estamos viendo, se fundan sociedades que nacen muertas, porque falta a sus fundadores inteligencia, amor, espíritu de sacrificio; las Sociedades de Matovelle en cambio nacían vivas y operaban una enorme transformación social, porque el Fundador ponía en ellas todo su entendimiento, toda su voluntad, toda su alma. Los amantes del Santísimo Sacramento renovaron por completo en Cuenca este culto. El mes al Santísimo, el canto de Ven, Hostia, Divina, y otras muchas practicas piadosas datan de aquella

época y están aún hoy en boga después de más de siglo y medio.

Los cantos compuestos por Matovelle para honrar a Jesús en la Eucaristía son amorosos, inspiran confianza y son tan dulces y sentidos que mueven las fibras más intimas de nuestro ser y se ve que habla en ellos el poeta y el santo.

Para nuestro solaz recordemos una de aquellas bellas poesías:

Ven, Hostia Divina,
ven, Hostia de amor,
ven, haz en mi pecho
perpétua mansión.

Lirio de los valles,
bella flor del campo,
que al nítido lampo
del naciente sol,
Te alzas en el ara,

peregrina y sola,
y abres la corola
de Níveo fulgor.

Ven, Hostia….

Tras esos cendales
que atan los querubes,
cual tras de las nubes,
se refugia el sol,
se oculta a mis ojos
mi Dueño querido;
pero el pecho herido
me tiene de amor…

Ven, Hostia ...

¡Oh Dueño Divino!
¡Oh amante olvidado!
¡Jesús adorado!

¡Mi Rey, mi Señor!
ya tanta fineza
y Tanta ternura,
parecen locura,
locura de amor.

Ven, Hostia ...

¡Ah, no, Jesús mío!
yo que te amo poco,
yo el ingrato, el loco,
y el protervo soy;
mas, dueño adorado,
me rindo y concluyo
por ser todo tuyo:
¡Tu amor me venció!

Ven, Hostia …

Matovelle fue para Cuenca y para todo el Ecuador el apóstol del Santísimo Sacramento bajo el sonoro cántico de: Ven, Hostia Divina, ven Hostia de amor, ven haz en mi pecho, perpetua mansión, Sacramento ante el cual el pueblo se inclinaba de rodillas.

Estas poesías llegan tan hondo al alma de nuestro pueblo, que no obstante los años que tienen de escritas se las oye hoy recitar por las multitudes en nuestros templos con lágrimas en los ojos. Se siente, se ve materialmente el amor del poeta a Jesús Sacramentado.

A Monseñor Esteves Toral conmovieron mucho estas prácticas piadosas que renovaron por completo la vida del Seminario y llevaron su influencia al pueblo. Deseó perpetuarlas y con este fin, en abril de 1881, al salir de los ejercicios espirituales, escribió una carta a los tres sacerdotes que hacían de directores del Seminario, Julio Matovelle, Jesús Arriaga y Cornelio Crespo, diciéndoles que le parecía ser voluntad de Dios, que los tres se reuniesen en una Congregación religiosa para santificarse a sí mismos y trabajar por la salvación de las almas. Para hacer práctica la insinuación les ofreció una casa, que estaba edificando en el antiguo local de San Francisco, hoy del Carmen Moderno, en Cuenca.

La unión de sacerdotes para auxiliarse mutuamente no era nueva en el Ecuador. Hacia 1830 bajo las normas del Instituto Filipense, intentó hacerlo en Riobamba el presbiterio José Velóz, pero no obtuvo buen éxito, y en

1843 falleció legando la casa y temporalidades a los Jesuitas si llegaran a establecerse en esa ciudad, como en efecto posteriormente se establecieron y fundaron con esos bienes el actual Colegio de San Felipe. Hacia 1850 intentó hacer los mismo el Dr. Mariano Veintimilla, en Cuenca, pudo reunir hasta 8 sacerdotes, pero fracasó también y tuvo que cerrar la casa y venderla más tarde a las Religiosas de los Sagrados Corazones, que fundaron allí el primer Colegio de niñas de Cuenca.

Por esos tiempos de García Moreno, el Dr. Juan de Dios Campusano, en el barrio de San Diego en Quito, en el edificio que se llamó Casa de Nazaret, intentó reunir a los miembros ancianos o desvalidos del clero apartándose del plan de los Filipenses, pero después de pocos años vió también su fracaso.

¿Sería posible intentar ahora un nuevo ensayo? En esto pensaba Monseñor Esteves y Toral, y no ya como siempre asociación de sacerdotes, sino como verdadera Congregación Religiosa, con votos, a la orden de los Obispos para prestarles ayuda en el servicio parroquial. La idea halló buena acogida en Matovelle, porque veía satisfacer un anhelo tenido desde hacía algún tiempo,

Ven Hostia
de
Amor
Ven

Aquí el Padre Matovelle de edad más madura y con el corazón henchido de gozo por el amor de los amores, Jesús Eucaristía, componía versos en su honor y contemplaba el misterio del Dios con nosotros.

de mejorar el espíritu religioso y las costumbres de los campos y pequeños poblados para traer adoradores a las iglesias más pobres y desamparadas del mundo católico, donde Jesús muere de amor en los tabernáculos, ofreciendo en vano a los hombres los tesoros de su Sagrado Corazón. Desde 1880 a raíz de ordenarse sacerdote, venía alimentado Matovelle esta idea con el fin de corresponder con gratitud a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María y al Espíritu Santo, fuente del amor divino.

En 1870 había hecho voto de propagar en cuanto estuviese a su alcance el culto al Sagrado Corazón de Jesús, entregarle cuerpo y alma, sentidos y potencias, pensamientos, palabras acciones, méritos, la vida y el ser sin reserva alguna, y elegir a la Reina del Cielo, por Madre Abogada y protectora.

¿Había olvidado sus promesas? En esto pensaba y para tranquilizar el espíritu le vino la idea de fundar una Congregación religiosa a honra y gloria de los Sagrados Corazones.

Su humildad le hacía desechar este proyecto como tentación del demonio que deseaba ensoberbecerlo,

pero al aceptarlo, gozaba en su interior de mucha paz, al rechazarlo, indecible congoja venía sobre su alma. No obstante, continuaba pidiendo a Dios le apartara la tentación.

La vida de convento con los votos monásticos era casi una necesidad para el alma de Matovelle. El R.P. Guizar lo había invitado a que entrara de Redentorista, pero rechazó la oferta porque buscaba una comunidad religiosa dedicada a honrar especialmente al Sagrado Corazón. Escribió a Europa y los Padres del Sagrado Corazón de Picpus en París lo admitieron, pero le obligaban a ir a España y eso no fue de su agrado, porque en España debía dedicarse a la enseñanza; lo que le parecía no sentaba bien a su espíritu y porque su deseo era trabajar por la causa de Dios en América, que venía siendo azotada por las ideas del liberalismo. Hay comunidades religiosas, decía, dedicadas especialmente a orar por Asia y por África, pero por América, donde hay tanta necesidad de buenos curas, para salvar la pureza de costumbres, no hay una comunidad que ore especialmente con tal fin al Corazón de Jesús. Una Congregación de curas y misioneros que llevasen la verdad evangélica a las

gentes abandonadas de los campos era para Matovelle un caso ideal.

Con el fin de trabajar en América por el bien de las almas, escribió a Chile al R.P. Janet, Provincial de los Sagrados Corazones de Picpus, para que lo admitiese en su comunidad, pero Matovelle no obtuvo respuesta. Supo más tarde que se le había contestado admitiéndole, pero como esta contestación nunca vino a sus manos, lo atribuyó a que la Previdencia quería guiarlo por otros caminos.

La carta de Monseñor Toral venía a ser realidad sus más caros anhelos, quizá no en toda plenitud como los concebía, pero por lo menos para comenzar, de forma que era posible ir de poco a poco perfeccionando la obra. Como nada bueno se hace sin la bendición de Dios, los tres sacerdotes: Matovelle, Arriaga y Crespo, se encerraron en ejercicios espirituales para el mejor éxito del proyecto.

En Matovelle, la idea de una comunidad religiosa para honrar al Corazón de Jesús iba tomando cada día más fuerza, pero no quiso proceder sin consejo y escribió el 12 de octubre de 1882 una carta al R.P.

Alfonso Aufderegen, redentorista, su director espiritual, abriéndole el alma para que le ilumine en la ruta. Después de exponerle pensamientos y dudas, le dice que ha hablado sobre la nueva congregación con los Padres Didier, Grissart y Monseñor Ignacio Ordoñez; el primero la juzgó irrealizable, el segundo no quiso dar su juicio y el tercero la tuvo por excelente, pero no veía por lo pronto cómo pudiera realizarla.

El asunto había sido también consultado por medio de Monseñor Ordoñez, arzobispo, al Nuncio Monseñor Moncenni, más tarde Cardenal, y la respuesta fue favorable, pero no produjo resultado práctico, porque en febrero de 1882, el Nuncio abandonó el Ecuador para trasladarse a Brasil, donde su Santidad le había trasladado la Nunciatura.

Si la idea viene de lo alto, decía Matovelle en la carta, no quiero ser culpable delante de Dios por haber resistido, pues se nos juzgará después de nuestra muerte no sólo por el mal que hicimos sino por el bien que por negligencia dejamos de hacer. Si la idea

Aquí encontramos a los padres Julio Matovelle, Jesús Arriaga y Cornelio Crespo, quienes fueron convocados por el Obispo de la época después de un retiro espiritual, para hablar sobre el deseo de la fundación de una Congregación religiosa que le rindiera culto a Jesús Eucaristía.

es tentación del demonio, el mejor medio de disiparla es ponerla en conocimiento de mi confesor.

En la carta pide Matovelle al Padre Alfonso, que le permitiera hacer dos cosas; la primera, consagrarse como víctima por toda la vida a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María, y la segunda que le faculte para renovar un voto que tenía hecho en ausencia de su confesor anterior, de amar a Dios sobre todas las cosas, como el único Dueño de su alma. La esencia de este voto era de no cometer ningún pecado mortal y evitar los pecados veniales, porque la culpa grave destruye la caridad y la leve entibia.

El padre Alfonso aprobó el proyecto de la Congregación y le permitió hacer los votos. Ya tenía Matovelle dos testimonios que la idea venía de Dios: el mandato de su prelado y la aprobación de su confesor.

Por medio del Arzobispo consultó el asunto al nuevo Nuncio, Monseñor Sambucetti que había sucedido en el cargo a Monseñor Moncenni y después de una larga conferencia, el Nuncio, ante el abandono de la parroquias, halló el proyecto no sólo útil sino necesario y así lo dijo el

Arzobispo a Matovelle en carta de 2 de Diciembre de 1882. Pero pidió para Juzgar con más acierto que se le enviase el plan de vida a que debía sujetarse la nueva Congregación, el número de sacerdotes que por el momento podía tener y la esperanza de vocaciones en el futuro.

De acuerdo con el Nuncio, el Arzobispo aconseja a Matovelle instalar inmediatamente la Congregación en forma provisional y que vaya haciendo el reglamento según las necesidades que la vida práctica le fuere indicando, de acuerdo, naturalmente, con su Prelado, Monseñor Toral, que tan interesado se mostraba en el asunto. En los demás esperaba ver realizada la idea para gloria de Dios y bien de las almas.

En estas circunstancias, con motivo de la lucha dictatorial de Veintimilla, se ocupó con tropas el seminario de Cuenca y hubo que suspender las prácticas comunes de piedad y las labores de enseñanza. Se acabó la devota asociación Amantes del Santísimo, pero el nuevo instituto que se venía proyectando comenzó a funcionar, provisional e imperfectamente desde fines de 1882 conforme a los deseos del Nuncio y del Arzobispo.

Pronto se concibieron esperanzas de mejores días con la victoria de las armas restauradoras en casi todos los combates. Monseñor Esteves y Toral, que falleció el 9 de mayo de 1883, llamó a los tres sacerdotes a su lecho mortuorio y les pidió no abandonar el proyecto de Congregación que les había insinuado.

CAPÍTULO II

El fin interno y externo de la Congregación - Campo de actividades - Crueles contradicciones - Aprobación del Instituto - Fundación de la Congregación de Oblatos.

La devoción al Corazón de Jesús es el reconocimiento de la caridad de Dios al hombre; su fin es el amor divino. Matovelle quiso hacer de este fin, objeto especial de veneración; que se adorase a Dios; en la divina perfección de su amor por el culto al Espíritu Santo, fuente de amor divino, el culto al Sagrado Corazón, donde ese amor se acomoda a la naturaleza humana para hacérnoslo sensible a nuestros sentidos y llegue a lo profundo de nuestra alma, y culto al Corazón Inmaculado de María , Mater pulcharae dilectionis: Madre del Amor Hermoso,

María que ama a Dios de la manera más perfecta que puede hacerlo una pura criatura.

Con este culto de amor y al amor esperaba Matovelle que el Espíritu Santo le colmase de sus gracias y dones para ir al eterno Padre por Jesús, único mediador por su satisfacción de valor infinito, e ir a Jesús por María: Ad Jesum per Mariam.

A Dios de le debe amar como place a Él y no como place al hombre, Jesucristo vino al mundo a enseñarnos cómo se debe amar, se ofreció en sacrificio al Eterno Padre, víctima de amor en el ara de la Cruz y victima que permanece con nosotros hasta el fin de los siglos en la sagrada Eucaristía. Nuestro amor debe ser en la misma forma. En cierto sentido cada cristiano continúa la Pasión de Cristo. Como Cristo es la cabeza y nosotros los miembros, debemos unir a él nuestros pobres dolores y nuestra pobre vida y unirnos a Él en la Historia Santa para ofrecernos en oblación perpetua, víctima de amor al Eterno padre, en acatamiento a su Infinita soberanía sobre todas las criaturas, en acción de gracias por los beneficios, en reparación de los ultrajes que se le irrogan por el pecado.

Matovelle, Arriaga y Crespo, sacerdotes diocesanos, se encerraron en ejercicios espirituales para dilucidar si era voluntad de Dios la Fundación de una Congregación religiosa en Ecuador habiendo sido testigos del fracaso de otros proyectos empezados.

Esto quería Matovelle que se hiciese en el Instituto que iba a fundar, y como que se ofrece en oblación es Oblato, Oblato se llamó al miembro de su Congragación. La oblación más perfecta es la de Jesús en la sagrada Eucaristía, el Oblato tendrá especialísima devoción por este misterio, y como el amor a Dios en esta vida, si ha de ser perfecto ha de ser sacrificado, y ningún amor más perfecto ni más sacrificado que el de Jesús a su pasión, el Oblato rendirá también culto diario a todo momento a la Sagrada Pasión y le dedicará especiales recuerdos todos los viernes del año.

Tal era lo que Matovelle llamaba el fin interno de su Congregación. Y como en él las ideas no se quedaban sólo en ideas, sino se transformaban en acto, eran vida, sus hijos espirituales venían a ser hombres inflamados en el fuego del amor divino; apto para la conquista de almas, es lo que el mismo Matovelle llamaba el fin externo de su Congregación, la extensión del Reinado Social de Jesucristo.

En la mente de su Fundador, el Instituto venía a cumplir el voto de la República hecho en 1873, a consagrarse como víctima de amor al Sagrado Corazón; amaba por el

Ecuador, satisfacía por los crímenes del Ecuador, por el Ecuador daba a Dios el tributo que le debe toda criatura reconociendo que obre en la soberanía de la Nación, la soberanía de Dios. El Oblato, al ofrecerse como víctima no lo hacía como individuo, ni siquiera como miembro de la Congregación, sino como representante del Ecuador; su amor y sacrificio eran sociales: por su fin el Instituto venía a ser eminentemente nacional.

Hermosísima era la idea, muy piadosa, muy original y de incalculables beneficios para el futuro de la Patria. Si Santa Mariana se había entregado en manos de la muerte para salvar de la muerte a sus compatriotas; los Oblatos se entregaban en manos de la vida para vivir muriendo en sacrificio perpetuo con Jesús en la Santa Hostia, por la salud eterna y temporal de sus compatriotas. Santa Mariana y los Oblatos se ofrecían en forma aparentemente diversa, pero el móvil de ambos era el mismo; amor a Dios y amor al hombre hecho a su imagen y semejanza.

Para el cumplimiento del fin externo, oficio de Misioneros y párrocos, los Oblatos estarían a la orden de los Obispos, pero los cambios de personal se

Aquí Matovelle le escribe el 12 de octubre de 1882 una carta al R.P. Alfonso Aufderegen, redentorista, su director espiritual, abriéndole el alma para que lo iluminara en la decisión tan importante de fundar la Congregación de Padres Oblatos.

efectuarían por medio del Superior de la Congregación y las parroquias serán entregadas a perpetuidad. Como el gran peligro de los curas era el hallarse solos, a los Oblatos se les está prohibido servir sin otro compañero sacerdote en las parroquias.

Para el funcionamiento de la Congregación habría dos clases de casas, las de las ciudades, dedicadas principalmente al cumplimiento del fin interno, y las de los campos, misiones y parroquias, dedicadas principalmente al cumplimiento del fin externo. En las profundidades del mundo interior se tomaban fuerzas para lanzarse a la conquista de las almas, y en las penurias del apostolado se sacrificaba lo más íntimo del ser hasta reducir el yo a la nada y dejar que Dios levantase el edificio de santificación sobre la nada donde la soberanía del hombre ni ponía resistencia a la gracia divina.

En diversos lugares de sus obras expone Matovelle estas líneas que hemos procurado resumir con la exactitud que nos ha sido posible. Por cordura no siempre se manifestaron con toda claridad, pues una comunidad religiosa, casi contemplativa por su fin interno, que, por decirlo así, solo de modo necesario iba al servicio

parroquial, hubiera hallado serias resistencias para su aprobación y humanamente no se hubiera aprobado. En cambio, no era difícil dar licencia a sacerdotes para que se uniesen en Congregación con miras de mejor servicio parroquial.

Matovelle en su permanencia en Quito, con motivo de la Asamblea, se dio cuenta del ambiente, y el 4 de diciembre de 1883 se dirigió al Delegado Apostólico, Monseñor Sambucetti, exponiéndole con prudencia sus ideas y el propósito de unirse por lo pronto con cinco clérigos, en una pequeña congregación de Misioneros del Amor divino, con los dos fines, interno y externo, de que acabamos de hablar. Le decía que el proyecto había sido visto favorablemente por el Arzobispo de Quito, Monseñor Ordoñez, por los Obispos Monseñor Massia y Monseñor Toral y por el Vicario Capitular de Cuenca, señor Piedra. Le hablaba de su funcionamiento precario, desde fines de 1882, y le pedía le hiciese conocer cuál era el pensar de Roma. Copiemos textualmente sus palabras: “Para establecer la Asociación de modo público y entrar de lleno al objeto que ella se propone decíamos saber previamente si sería esta obra del agrado de la Santa Sede, para lo que suplicamos

Aquí observamos a Monseñor Esteves y Toral, que falleció el 9 de mayo de 1883, hablar con los tres sacerdotes en su lecho pidiéndoles no abandonar el proyecto de fundación de la Congregación religiosa no obstante la corona de espinas que se les atravesara.

a V.E. se digne comunicar a Roma nuestro humilde proyecto y alcanzar la benignidad de N.S. Padre León XIII una bendición eficaz y fecunda para nuestra obra, que será el indicio más cierto de ser ella conforme a la voluntad de Dios, y que derramara en todos y en cada uno de sus miembros gracias poderosas de santificación para sí mismos y para los pueblos de cuyos servicios se encarguen".

El delegado Apostólico miraba con buenos ojos el Instituto, aprobó su funcionamiento con licencia de los respectivos Prelados; pero ignoramos si se dirigió a Roma en demanda de la bendición solicitada y cuál fue la respuesta.

La Asamblea clausuró sus sesiones el 26 de abril de 1884. El 4 de este mes Matovelle sintiéndose delicado de salud con ansias de soledad y silencio y atraído por la figura del Padre Pedro Schumacher; entonces Rector del seminario de Quito, se encerró por tres meses en este plantel. El bullicio de la política le había enfermado y quería recuperar las fuerzas corporales y espirituales en el dulce rincón de un claustro sacerdotal. Schumacher era un alma gemela a la suya; acérrimo

contrario del liberalismo, no creía que era prudencia cristiana sino conducta falaz el guardar silencio, no debiendo guardarlo ante la acometida de políticos perversos o débiles que aspiraban al Poder, para percibir las costumbres públicas y llevar poco a poco la Nación al ateísmo. Este hombre extraordinario, candidatizado por Caamaño para Obispo de Portoviejo, carecía de respeto humano, de miedo a la prensa impía o a los distraídos de la opinión, que a veces bajo el influjo de hombres de malas ideas conducen a los pueblos por errados caminos. Diez años había trabajado en la formación de sacerdotes en el Seminario de Quito, con fruto admirable, y los párrocos por él formados y los edificios por el construidos hablaban lo suficiente de las poderosas e indomables energías de su alma para el bien. Matovelle se tuvo por dichoso en su compañía, respiro auras de piedad y celo apostólico y sintió que le nacían alas para la realización de su proyecto.

Schumacher hizo cuanto pudo a su favor y en una Asociación que recientemente había formado con sus seminaristas “Unión Sacerdotal”, le permitió conquistar adeptos. Matovelle hizo allí buena cosecha, pero a la hora de hacer efectivos sus propósitos, los

comprometidos retractaron su palabra. “Tristes y diarios frutos de nuestra natural e incurable inconstancia” exclama Matovelle.

En octubre se abrían las clases del Seminario de Cuenca, donde Matovelle era Prefecto de piedad y profesor, a fines de Agosto (1884) regresó de Quito a su ciudad natal a seguir en el ejercicio de sus dos cargos; pero Dios iba a llevarlo por nuevos caminos. El 9 de Septiembre dirigió una solicitud al Vicario Capitular señor Piedra, diciéndole que la Congregación de Misioneros Oblatos del Amor Divino había sido aprobada por el Representante de la Santa Sede y por los varios de los más respetables prelados de la República, que se dignase el también aprobarla y conceder el permiso conveniente para llevarla a efecto; pues deseaba comenzar el 28 de Septiembre en conmemoración de los 7 dolores de la Santísima Virgen; que los comprometidos para ingresar en ella, además del peticionario, eran los doctores Adolfo Corral y Jesús Arriaga y el seminarista Adolfo Bravo.

Creyó que el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Santa Cruz, se le daría la licencia, pero no fue

así, por tres veces se reunió el Capítulo sin resultado favorable alguno. El Clero de la diócesis se había puesto decididamente en contra del proyecto desde luego, con la más absoluta buena fe. Dice Matovelle que en si no había persona que le encontrara que no le lanzase una injuria o algún dicterio, y que un canónigo venerable le abrumó de tales reproches que no pudo darle otras respuestas que el más absoluto silencio.

El que encabezaba la compañía era el Obispo electo de la Diócesis, Canónigo señor Miguel León, por miedo a que se le desorganizare el seminario donde trabajan los tres sacerdotes. Quizá tenía razón porque no era fácil dar con un prefecto de piedad de los quilates de Matovelle; pero el amor propio es a veces muy sutil y nos lleva por mal camino cuando creemos andar por la buena senda. El 7 de febrero de 1884 la Asamblea había pedido al Poder Ejecutivo que presente la terna para la elección del Obispo en la forma que prescribía el Concordato. En la terna de Cuenca vino el Canónigo señor León, a quien Matovelle, no obstante tenerlo en altísimo concepto por sus virtudes, no lo juzga a propósito para el Obispado; y en conciencia, sin hacerle oposición, le negó sencilla y llanamente el voto. Que obró

Aquí encontramos a Matovelle honrando el misterio de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, representada en las tres C de los Oblatos: La Cruz, el Costado y la Corona de espinas, blasones de la espiritualidad matovellana.

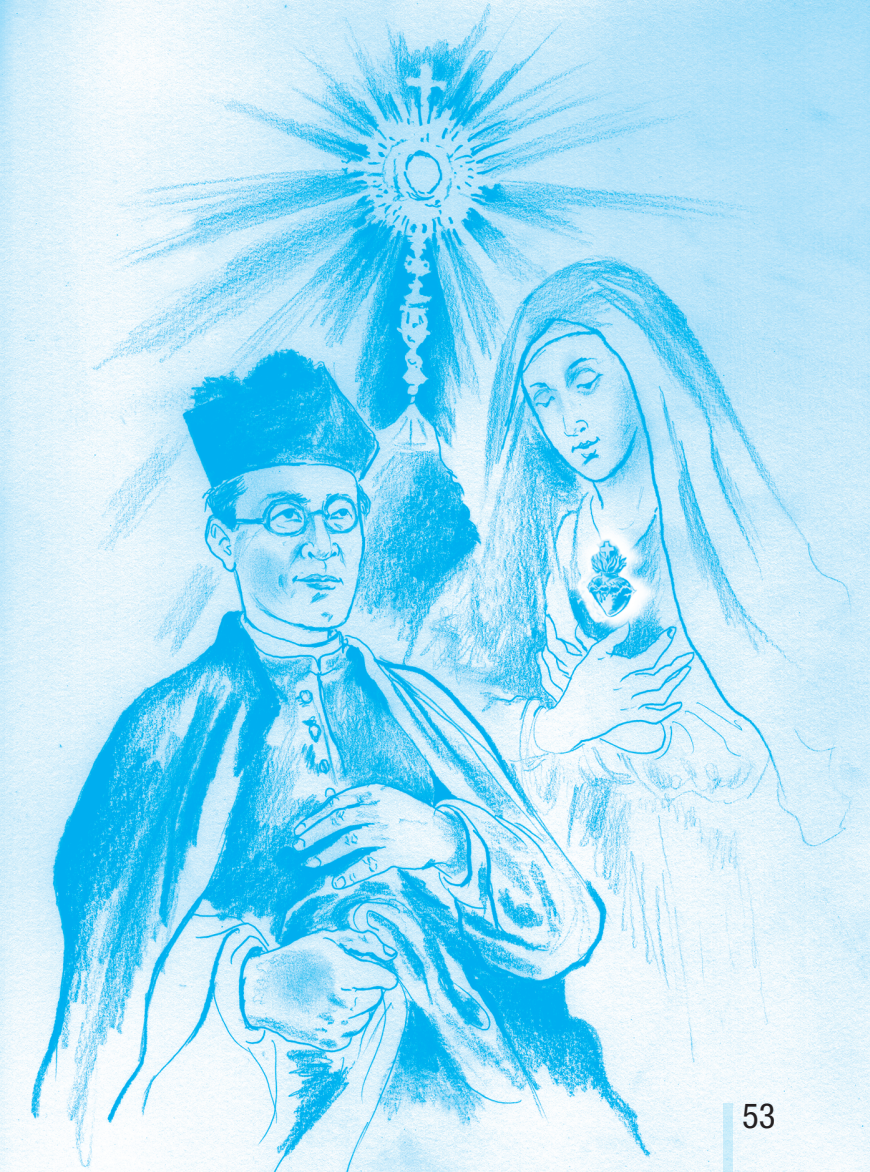
bien lo dicen los gravísimos trastornos posteriores que obligaron a la Santa Sede a suspenderlo en el ejercicio del cargo. En el Capítulo Eclesiástico no quedaban sino dos sacerdotes a favor de Matovelle, el Vicario Dr. José Antonio Piedra y el Canónigo Javier Landívar; si es buena obra, decía el Vicario, aprobémosla, si es mala o inoportuna, indíquese las razones para desecharla. El silencio o el aplazamiento era la respuesta.

De este modo iba pasando el tiempo y todo parecía permitido. Triste, pero resignado a la voluntad de Dios, en la media noche del 16 al 17 de septiembre, en su aposento del seminario meditaba Matovelle el asunto; reinaba un silencio profundo en el vasto y desierto edificio, vacío por hallarse en vacaciones superiores y alumnos. De repente, por el viento o por cualquier otro fenómeno natural, se abren las puertas que estaban bien cerradas. Un presentimiento dice a Matovelle que el cielo va a serle favorable, las leyes físicas están en manos de Dios y Dios puede valerse de ellas para expresar su voluntad.

Matovelle duerme pocas horas, quizá no más de 4. Se levanta muy temprano y toma el libro del apocalipsis

para sus meditaciones. Abre al acaso y lee: “Esto dice el Santo y el Veraz, el que tiene la llave del nuevo reino de David, el que abre y ninguno cierra, cierra y ninguno abre; yo conozco tus obras eh aquí que puse delante de tus ojos abierta una puerta que nadie podrá cerrar; porque tú tienes poca fuerza o virtud, con todo has guardado mis palabras o mis mandamientos y no negaste mi nombre” (Ap. 3, 8).

Ecce dedi coram te ostium apertum: he abierto la puerta. Las puertas se habían abierto solas, pocas horas antes, y Dios le decía por el Apocalipsis que Él las había abierto: Dios habla a cada alma en forma que a Él le place. Lo que por lo común puede ser una superstición, en determinada alma puede ser un aviso, Dios no se sujeta a las reglas humanas para dar a conocer su voluntad. Matovelle no dudó que ese día iba a ser aprobada su Congregación, Dijo Misa en la Iglesia de los Jesuitas, contigua al Seminario; y en el altar de Nuestra Señora de los Dolores en acción de gracias por el beneficio que iba a recibir. Era el 17 de septiembre, fiesta de la Impresión de las llagas de San Francisco. El Ángel rebelde le tentaba con el orgullo de ser jefe de una nueva Comunidad religiosa, pero el



Matovelle con mirada firme y bajo el amparo de María Santísima y fortalecido por el misterio de la Divina Eucaristía, se lanza con un corazón decidido a la fundación de los Padres Oblatos el 6 de octubre de 1884.

repetía con San pablo, una y otra vez, durante la misa, con singular fruición:

"Líbrame Dios de gloriarme sino de la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está muerto y crucificado para mí como yo lo estoy para el mundo. (Gal 6, 14)

A las dos de la tarde de este día (17 de septiembre de 1884) tuvo permiso para formar su Congregación, aunque de modo precario y provisional; y le designaron la parroquia de Azogues para que fuese servida por el Instituto religioso diocesano que trataba de fundar.

En el término de diez días los sacerdotes comprometidos para la fundación renunciaron a sus cargos del seminario, se despidieron de sus familias, saldaron cuentas, arreglaron bienes y obtuvieron que se les dé por tiempo indefinido la Capilla del Corazón de María; con la casa y quinta adjuntas; para el funcionamiento de la Comunidad.

Matovelle, por lo que a él le toca, distribuye sus bienes en la forma que le parece prudente, y por el consejo de su confesor se reserva solamente los libros, los muebles

y una cantidad de dinero suficiente para atender a los gastos de la nueva Congregación.

Cuando todo estuvo listo, en la tarde del sábado, 27 de Septiembre, en las primeras vísperas de la fiesta de Nuestra Señora se los Dolores, tal y como se había previsto, los tres sacerdotes, un seminarista y un ayudante recibieron la bendición especial del reverendísimo Vicario señor Pierda y se retiraron a la casa del Corazón de María para dar comienzo su obra, con el cántico Veni Creator y una semana de ejercicios espirituales. ¡Cuántos y cuán dulces recuerdos encerraba el humilde Santuario! Cuatro años antes en el mismo sitio se habían reunido varios sacerdotes recientemente ordenados, en retiro preparatorio, para la celebración de la primera misa, que fue dicha en jueves Santo. Entonces el seglar había variado el rumbo de su vida para hacerse sacerdote; ahora el sacerdote varía también el rumbo para hacerse Religioso.

Terminados los ejercicios espirituales, con el fruto que es de suponer, el lunes 6 de Octubre de 1884, en la capilla del Corazón de María, con el Santísimo expuesto, después de dar lectura a los Estatutos de la

Matovelle el 4 de diciembre de 1883 se dirigió al Delegado Apostólico, Monseñor Sambucetti, exponiéndole con prudencia sus ideas y el propósito de unirse por lo pronto con cinco clérigos, en una pequeña congregación de Misioneros del Amor divino, frente a lo cual recibió la más hermosa de las respuestas, Dios está con Usted, adelante.

Congregación, se elige Prefecto a Matovelle, Asistente y Procurador a Adolfo Corral, Secretario a Manuel de Jesús Arriaga y Sacristán a Adolfo Bravo; se canta el Te Deum y se da la Bendición. Queda así fundada en este día la Congregación de Oblatos de los Corazones de Jesús y de María, y Matovelle entra en una nueva fase de su vida, Con el hábito del religioso va a descender a la conquista de los pueblos después de haber iluminado las inteligencias e inflamado en amor Divino las clases directivas, desde las alturas del sacerdocio y la política.

El 26 de mayo de 1887 se dio comienzo a la obra de adoración y oblación perpetua y social al Santísimo Sacramento, a que el Ecuador estaba obligado desde 1873 por el pacto de Quito. Los Oblatos, a nombre del Ecuador, vienen a ofrecerse como víctimas, y si el buen ejemplo se propaga a otros países, el Ecuador y otras naciones de la tierra tendrán victimas que impetren a Dios gracias y mercedes para sus respectivos pueblos. Si muchos Gobiernos perseguidores de la Iglesia no se convierten, dice Matovelle, es porque nadie ora, nadie se sacrifica por ellos.

Así las cosas, el señor Obispo Miguel León mira tan complacido la obra de Matovelle y el funcionamiento de su Noviciado que, por auto de 29 de septiembre de 1887, llama a los Oblatos del Divino Amor, Oblatos del Corazón de Jesús y los establece canónicamente como verdadera Congregación Religiosa Diocesana con todos sus derechos y privilegios, y les hace entrega de los censos, capellanías y más temporalidades correspondientes al Convento de la Merced de Cuenca.

El señor Obispo les da a escoger entre el convento de La Merced y el de San Francisco, y el Padre Matovelle escoge el primero que, aunque muy arruinado, conserva los gratos recuerdos de su infancia y juventud y sobre todo, decía, para que, nuestra Congregación creciera al amparo de María Santísima. Tres días después de aprobado el Instituto, el Ilmo. señor León expresa su deseo de que el noviciado de los Oblatos que funciona en la quinta de las señoras Carrasco en Azogues se traslade a Cuenca. Como el Espíritu religioso de los novicios ganaba mucho con este cambio, por las mayores facilidades para la instrucción y el mejor ambiente para la práctica de la virtud, el Padre Matovelle

no duda un instante en acceder, porque cumple así su propio deseo y acata también la orden de su Obispo. Pero como él era el director del Noviciado tuvo también que abandonar Azogues. Este Pueblo, al informarse de la noticia, se levanta en masa a pedir al prelado que revoque la orden y hasta se ofrece a comprar para el instituto, por colecta popular, la quinta de las señoras Carrasco. Todo es inútil, hay de por medio intereses superiores y no es posible desatenderlos. A mediados de septiembre de 18887, una mañana antes que despunte el alba, el padre Matovelle sale furtivamente de Azogues despidiéndose de corazón del pueblo, al que amaba con entrañable cariño. Deja de párroco al Sr. Jesús Arriaga. La casa Matriz pasa a Cuenca.

El establecimiento de la Congregación en la nueva casa de la Merced reviste con gran solemnidad. Se realiza con asistencia del Cabildo Eclesiástico, del clero secular y regular y de empleados civiles y militares de alta categoría. En la misa solemne, después del Evangelio lleva la Palabra del Padre Julio Matovelle y habla sobre la necesidad de construir desde los cimientos la vida interna, para ello había que levantar

el edificio no sobre arena sino sobre roca a fin de que resista todas las tempestades. La ceremonia termina con el cántico del Te Deum.

No resistamos el deseo de reproducir el discurso del P. Matovelle, que glosa el versículo 1 del Salmo 132; "Oh, cuán bueno y cuán dulce es el vivir de los hermanos en mutua unión"

Dice así el discurso:

Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, señores, hermanos míos:

Cuando San Juan Bautista se presentó en las orillas del Jordán para predicar a los judíos el bautismo de la penitencia, interrogándole éstos: Tu quis es? Propheta es tu? ¿Quién eres tú? ¿Eres acaso un profeta? Esta es siempre la primera cuestión que se pone siempre en toda obra católica que nace en el seno de la Iglesia, y esta la pregunta a la que nos vemos también obligados a contestar los que formamos la incipiente y diminuta asociación sacerdotal que hoy por vez primera se presenta ante vosotros. El silencio del respeto habría

El bullicio de la política en la cual estaba inmerso el doctor y sacerdote Julio María Matovelle, lo había enfermado y quería recuperar las fuerzas corporales y espirituales en el dulce rincón de un Claustro sacerdotal para emprender el camino de la fundación congregacional.

sido tal vez nuestra humildad y pequeñez, si no nos obligase a hablar la obediencia que debemos a nuestro Ilmo. Prelado.

Sin embargo; hermanos míos, si mi insuficiencia debe sellar mis labios, la gloria del Señor oblígame también a desplegarlos, porque en toda asociación religiosa, por imperceptible que sea , si apartamos el polvo ruin y corruptor de la obra humana, veremos brillar muy luego el oro puro de la acción divina. ¡Para nosotros la ignominia y la vergüenza, sólo para el Altísimo la gloria y la alabanza! Gloria y alabanza que debemos tributar a Dios tanto al contemplar la inmensidad de los mares, como al sorprender el nacimiento humilde de una olvidada fuente de las grietas de una roca. Benedicite, fontes, Domino! Benedicite. Maria, et flumina, Domino!

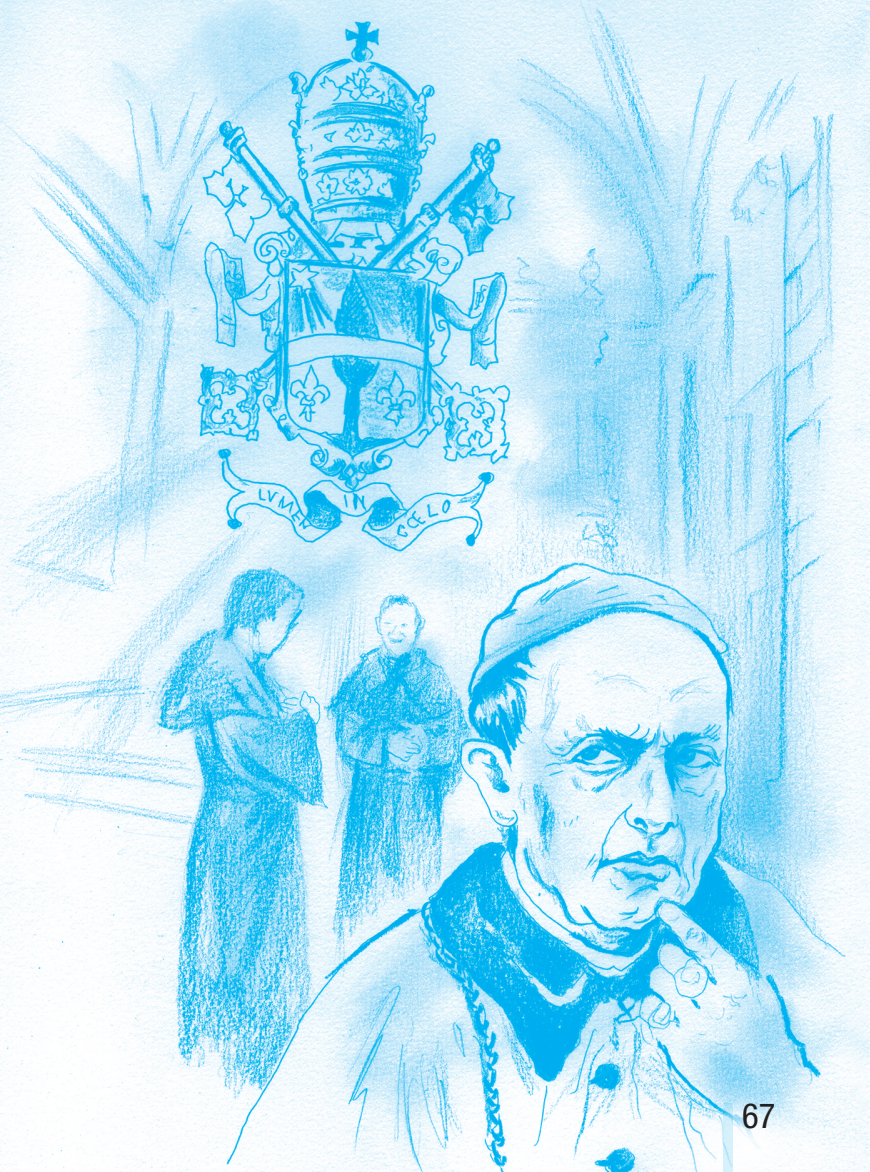
Hoy celebra la Iglesia al glorioso Príncipe de las milicias celestiales, San Miguel, que aterró a las legiones de los ángeles réprobos al sublime grito de ¿Quién como Dios? ¡Quis ut Deus! Cántico de triunfo al cual nos unimos ensalzando la bondad y la omnipotencia divinas que brillan siempre en

todas las obras del Señor, aun a través de la frágil envoltura que por acaso les presta la pasajera acción del hombre.

Para daros, pues, a conocer qué es y qué cosa se propone el pequeño Instituto de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón, me bastara manifestaros cuál es su fin con respecto a Dios, a los fieles y así mismo. De esta manera cumpliré el deber que se me ha impuesto en el presente discurso, y probare también al mismo tiempo cómo se han realizado una vez más entre nosotros aquellas proféticas palabras de los Salmos: Ecce quam bonum et quam jucumdum habitare fratres in unum! ¡Mirad cuan buena y cuan dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión!

Pero de ninguna manera podrán mis labios glorificar al Señor, si no se hallan previamente empapados en la unión del cielo, y es esta la gracia que os ruego, imploremos del Espíritu divino, por medio de su Inmaculada Esposa, a quien saludaremos con las palabras del Ángel:

Ecce quam bonum, etc.


LVMEN IN CELO

El Clero de la diócesis de Cuenca junto con el Prelado del momento se había puesto decididamente en contra del proyecto, sentimiento que se nota expresado en la mirada del Ordinario del Lugar, quien más adelante movido por el testimonio de la Comunidad Oblata incipiente, la aprobó en 1887.

El primer fin que se propone nuestro pequeño instituto es ofrecer un asilo a algunos miembros, de nuestro Clero que, sin sentirse llamados a la vida monástica, desean sin embargo huir de los peligros a que se expone el aislamiento.

Dios Nuestro Señor nos ha criado sociables, y de aquí es que todo hombre busca instintivamente la asociación como un complemento de su ser y una necesidad imprescindible de su naturaleza. Por esto también no hay orden alguno de actividad humana que no sea susceptible de asociación, pues sólo por su medio es eficaz una empresa y el fructífero trabajo. Si miramos al hombre bajo el aspecto religioso, ahí está la Iglesia; si en el de sus relaciones civiles, ahí está la sociedad política; y si en el de sus necesidades individuales, ahí está la sociedad doméstica. Siempre y en todas partes le vemos al hombre en familia. Nada tiene pues de extraño sino antes de muy lógico que en la vastísima extensión del ministerio eclesiástico broten constantemente variadas y múltiples familias sacerdotales.

¡Vae soli! ¡Ay del que va solo! Non est bonum ese hominem solum: no es bueno que el hombre esté solo, ha dicho el Señor y su palabra debe cumplirse. ¡Por el contrario, cuán altamente ensalza el Espíritu Santo la vida de unión y concordia fraterna! Mirad, dice cuán bueno y cuán gustoso es que todos los hermanos habiten en uno: Ecce quam bonun et quam jucumdum habitare fratres in unum! Es como el oloroso perfume que, derramado en la cabeza, va destilando por la respetable barba de Aarón y diciéndole hasta la orla de su vestidura. Como el roció que cae sobre el monte Hermón, como el que desciende al monte Sión. Pues allí donde reina esta concordia social, derrama el Señor sus bendiciones y vida sempiterna: Quoniam illic mandavit Dominus benedictionem et vitam usque in saeculum.

Sobre estas mismas bases fundó también Nuestro Divino Salvador el sacerdocio de la ley evangélica. Forma su apostolado sujetándose a la vida de reunión y sociedad, aunque la mies es mucha y los operarios son pocos, manda sin embargo; a los discípulos de dos en dos; por todas las ciudades

Encontrándose Matovelle en su habitación de estudio, irrumpió un viento fuerte en su habitación, signo frente al cual Matovelle lo asoció al pasaje bíblico del apocalipsis refiriéndose al proyecto oblato que había iniciado: “Yo conozco tus obras. Mira, he puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque tienes un poco de poder, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre”. (Ap 3,8).

y lugares a donde había de venir Él mismo. Misit illos vinos ante faciem suam, in omenem civitatem et locum quo erat ipse venturus. Et icebet illis: messis quidem multa, operario autem pauci.

Conforme a estas enseñanzas del Divino Maestro, el Clero Católico ha buscado siempre en la asociación su sostén, su refugio y su perfeccionamiento. Los más insignes Prelados de la Iglesia en saber y santidad han sido siempre los más declarados protectores de las hermosas y fecundas asociaciones sacerdotales.

Tal vez, hermanos míos, os ha sorprendido no poco al mirar como hoy en este templo un príncipe de la Iglesia, un sucesor de los Apóstoles, el Ángel custodio de la Diócesis de Cuenca, ha hecho ostentación de sus bondades y desplegado todo su poder para amparar a una humilde y débil asociación de pobres sacerdotes, apenas conocida, y menos apreciada. Pero recordad que lo que miráis con extrañeza en un espectáculo antiguo ya en el mundo. Los Basilios y Agustinos habitaban en una misma casa con su clero; y el gran San Eusebio de Varcellis preciábase como de la más

excelente obra de su celo pastoral el proteger la vida de asociación de los sacerdotes de su Iglesia.

Ntro. Smo. Padre Pio IX de feliz memoria; recomendó muchísimas veces esta reunión en el clero como uno de los mayores bienes que podía hacerse a la Iglesia de Dios. En una carta latina dirigida en 1866 al Canónigo Gaduel con motivo de su obra sobre el V. Holzhaucer y el célebre Instituto de los Clérigos seculares que viven en comunidad, dice: "A las ventajas que el clero reportó de este Instituto en el Siglo XVII son seguramente una garantía de los frutos menos grandes que institutos semejantes podrían producir en nuestra época, porque la reunión de los espíritus de los corazones favorecida por la vida común alimenta la caridad; y atrae la gracia del Señor , que ha prometido estar en medio de los que se reúnen en su nombre, y hacer oír su voz al corazón en el recogimiento y el retiro. Por cuya razón vemos, continúa el Santo Padre, que las antiguas leyes de la Iglesia no solamente prueban sino ordenan que los presbiterios, los diáconos y los subdiáconos vivan y coman juntos; poniendo en común todo lo que les venga del

ministerio sacerdotal, y les recomienda procuren con todas sus fuerzas hacer en sus costumbres la vida apostólica que no es otra que la vida común. Estos mismos deseos ha manifestado después el inmortal Concilio Vaticano I y la Santidad de León XIII al aprobar la celebérrima asociación del Clero fundada hace veinticinco años en Francia por el abad Labeurier con el Titulo de Unión Apostólica.

La Asociación es fecunda, el aislamiento es estéril. La Caridad es la vida, y el egoísmo es la muerte. Por esto nunca se ha manifestado tan enérgica y viva la acción sacerdotal en la Iglesia, como desde el impulso salvador comunicado al clero secular en el Santo Concilio de Trento.

Hasta entonces la vida apostólica había sido como un privilegio exclusivo de las Ordenes monásticas; desde entonces acá, al calor vivificante de esos ilustres noviciados del Clero llamados Seminarios, vemos siempre en primera línea a la ínclita falange sacerdotal ya sea en las fatigas del apostolado o en las palmas del matrimonio. Santos de primer orden ha suscitado en su Iglesia el brazo del

Omnipotente para excitar en ella este movimiento de vida. San Carlos Borroneo y San Felipe de Neri, San Vicente de Paul y San Toribio de Mogrovejo han reproducido en Francia, Italia y América las maravillas de pentecostés. Y esa impetuosa corriente de vida no ha pasado aun, muy al contrario, está en sus principios. Contemplar a la juvenil Iglesia de los Estados Unidos levántase apenas de su cuna, y hela ahí repleta de vida, de esa heroica vida de la abnegación y celo sacerdotal.

¡Y que! ¡Solamente el clero sudamericano había de perderse en el aislamiento desolado, como las gotas matutinas del roció en los arenales de un desierto! ¡Ah, no! El clero Católico en todas partes es el mismo, activo, generoso y fecundo; pero este imperceptible grano de mostaza que va volando en alas de los vientos, para echar raíces y convertirse en árbol solo necesitaba del corazón de un padre, esto es, del magnánimo y generoso corazón de los prelados que es esa tierra bendita en donde únicamente germinan y crecen las plantas del Santuario.

INRI

El Padre Matovelle celebró la Santa Eucaristía en la Iglesia de los Jesuita, contigua al Seminario; y en el altar de Nuestra Señora de los Dolores le dio gracias a Dios por el beneficio que iba a recibir, el comienzo de la obra oblata.

Tales son los motivos que primeramente nos han impulsado a congregarnos en nuestra pequeña asociación: huir de los peligros que a cada paso ofrece el aislamiento y participar de las inestimables ventajas, pero principalmente el ministerio parroquial.

Entre las varias necesidades de la Iglesia sudamericana la más imperiosa y urgente es, sin duda alguna la de un clero numeroso que pueda atender al servicio espiritual de los habitantes de los campos que forman las nueve décimas partes de la Población del Continente. Casi todas las órdenes y Congregaciones religiosas tienen por teatro principal de su celo y actividad apostólica los grandes centros de la población que por lo tanto abundan en toda clase de recursos para la vida espiritual, mientras el cura de aldea es el único llamado a sostener la piedad y las buenas costumbres en nuestros míseros y olvidados villorrios. Cierto que gran número de infatigables misioneros desbrozan ese campo sembrando en él la palabra evangélica; pero el trabajo del misionero es como el de las tempestades que purifican la atmosfera y remueven

la superficie resquebrajada de la tierra, mientras las faenas del Párroco son como la lluvia menuda pero continua, que alimenta la sabia de las plantas y prepara magnificas cosechas.

El gran San Vicente de Paul, del trabajo de las misiones paso a la formación del Seminario, porque decía que eran estériles las primeras si la labor del misionero no era continuada por los desvelos del párroco.

Pero cuan hermosas son las preeminencias del ministerio parroquial otro tanto son los peligros que por donde quiere le circundan. De modo que, el ministerio sacerdotal más indispensable en la Iglesia de Dios ha llegado también a ser el más temeroso de todos. El inmortal cura de Ars, Juan Bautista Vianney, sumíase en insondable amargura y lanzaba tristísimos suspiros al considerar el duro riesgo en que se encuentra un párroco. El aislamiento, decía, el aislamiento es el peligro inminente de los curas.

He aquí porque si en todo misterio sacerdotal es bueno y útil la asociación, es sobremanera

Los tres sacerdotes, un seminarista y un ayudante recibieron la bendición especial del reverendísimo Vicario Señor Piedra y se retiraron a la casa del Corazón de María para dar comienzo a la obra de la incipiente Congregación religiosa.

indispensable en el del cura de almas. Aliar en el párroco de aldea la vida del misionero con la del monje sería un ideal encantador de perfección. Pues bien, realizar este ideal es precisamente el segundo de los fines de nuestra pequeña y naciente Congregación.

En el penoso y difícil ministerio parroquial es donde más que en otro alguno se saborea la celeste dulzura de las palabras del Profeta: ¡Oh! ¡Cuán bueno y cuán gustoso es el habitar los hermanos en uno! Pues, según comenta este pasaje el incomparable Pio IX, el encanto de esta sociedad es semejante al perfume derramado sobre la cabeza de Aarón, que embalsama su barba y sus vestidos, o como el abundante rocío que cae sobre las montañas de Sion y del Hermón. Porque en efecto, por medio de esta asociación aléjense los párrocos de los negocios y reuniones mundanas, para vivir juntos en unidad del espíritu y de la fe, entonces reciben de lo alto la unción de la gracia espiritual que derramándose sobre el entendimiento como sobre la cumbre del alma, se difunde después en todas las acciones de la vida

para arreglarla bien y procurar el ejercicio exacto de las funciones sagradas; unción celestial que desciende luego por el ministerio evangélico hasta los fieles, para fecundar sus corazones; así como el rocío manantial fecunda la tierra.

Oh, ¡verdaderamente cuán dulce es derramar el alma en un corazón hermano, cuando desmaya se rinde el espíritu en las arduas fatigas del ministerio parroquial! ¡Cuando las zarzas de la envidia, de la calumnia y el odio no desgarran los vestidos y nos ensangrientan los pies! Y que habrá sino morirse de angustia ese pobre párroco de aldea, que después de sus penosas tareas y en medio de acerbas persecuciones, no encuentra en torno suyo más amigos que el silencio y la soledad! ¡Mirad cuántos bienes y consuelos trae el habitar los hermanos en uno!

El tercer fin que se propone nuestro pequeño instituto, con relación a Dios Nuestro Señor, es procurar la mayor gloria posible del Sacratísimo Corazón de Jesús. Este fin, por lo mismo que es mucho más importante que todos los anteriores,

CONGREGATIO SACERDOTUM SS. CC. JESU ET MARIAE OBLATORUM
OAD

Aquí el Obispo Miguel León quien antes había visto con ojos de fracaso la obra, mira ahora con complacencia la obra de Matovelle y aprueba el funcionamiento de su Noviciado que, por auto de 29 de septiembre de 1887, llama a los Oblatos del Divino Amor, Oblatos del Corazón de Jesús

es también el que más eficazmente ha influido en la existencia de la obra, así como el más vivo e imperioso de nuestros deseos. En efecto, consagrada como está la República del Ecuador al Corazón Sagrado de Jesús, necesario es; de toda necesidad que la represente y que a nombre de toda ella rinda continuos homenajes de amor y Adoración a este Corazón Divino.

Consagrar una casa o persona a Dios, es separar del mundo y dedicarla únicamente al servicio del Altísimo. Según esto, toda la Nación ecuatoriana debe considerarse como una propiedad exclusiva del Corazón adorable del Verbo encarnado y la ocupación principal de nuestro pueblo debe ser amar, adorar y bendecir incesantemente a este Corazón Divino; de modo que la República toda sea como un puñado de incienso que se deshace y se consume sobre las brasas encendidas del Altar. Pero como es imposible que la Nación como Nación pueda desempeñar constantemente tan arduos como santos deberes, de aquí la imperiosa necesidad de que haya un Instituto religioso nacional que a nombre de la República

entera tribute de continuo al Sagrado Corazón los homenajes que, por habernos consagrado a Él, debemos.

Grande e imperiosa necesidad es esta: porque de ella depende nada menos que un notable aumento de la gloria del Señor y la salvación de la Patria.

Importa y mucho a la gloria del Señor, quien, en medio de la apostasía social de las naciones de la tierra, cuando el ateísmo político ha extendido sus infernales conquistas sobre todo el universo, haya siquiera un Estado bien que pequeño y humilde que sea una viva y continuada protesta contra la maldad triunfante. Y no de desaliento sino de confianza nos ha de ser la humildad de la República; pues de párvulos y niños arranca Dios la alabanza que le niegan sus enemigos orgullosos: Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos ut destruas inimicum et ultorem. Cuando todos los grandes y los sabios, los ricos y los poderosos doblaron su rodilla para adorar la colosal estatua de Nabucodonosor, tres niños bastaron para humillar al soberbio y

vindicar la gloria del Altísimo de tan cobarde perversa idolatría.

Si tan necesario es a la gloria del Señor este culto social no interrumpido que debe tributar nuestro pueblo al Sagrado Corazón, no es menos conducente para la paz y prosperidad de la República pues, ella será siempre bendita en proporción de la gloria que se esfuerce en tributar a su Hacedor. Qui elucidant me vitam aeternam habebunt, ha dicho la sabiduría increada y su palabra tiene que cumplirse. El pacto que el Ecuador ha celebrado con el Corazón adorable de su Dios debe llenarse, porque ¡ay! De aquel día en que rompa traidoramente sus compromisos y se declare infiel ante el Señor. Aquel será el día de nuestra irremediable perdición.

Deber es, por lo mismo, y deber sagrado de todos cooperar a medida de nuestras fuerzas que la Nación cumpla con exactitud estos santos compromisos. Por nuestra parte trataremos de llenar de este deber en la Asociación, procurando que ella se dedique con todas tus fuerzas a sostener y propagar en

la República el reinado del Corazón Santísimo de Jesús.

Gloria, honor y bendición al Corazón adorable de Jesús por los siglos de los siglos.

Y vos, Oh Dulcísima María, oh reina soberana de las Mercedes que como blanquísima paloma que tiene sus alas para abrigar a sus pequeñuelos, así extendáis vuestros dulcísimos brazos para recibirnos, a vuestra soberana protección nos acogemos ¡Oh Virgen Santísima! Vos sois la Madre; la Reina y la dueña Absoluta del pequeño y naciente instituto; vuestros somos, oh Madre amorosísima! En vos hemos puesto nuestra esperanza, no permitáis que seamos confundidos. In te Domine speravi, non confundar in aeternum! Amen.

CAPÍTULO III

-Esbozo de la Congregación de Oblatas
– Escuela para indiecitas en Azogues
– Primera Comunidad
– Presencia Oblata en Paute y en Biblian.

Al establecerse los Oblatos en Azogues, un grupo de Hijas de María se dedicó con empeño a la frecuencia de Sacramentos y a austeras prácticas de piedad cristiana, como cuidado de los enfermos, visita a los pobres en sus domicilios, disciplinas, ayunos, entre otros. A estas jóvenes que ponían tanto empeño en ser perfectas bajo el nombre de Congregación de Nuestra Señora del Cenáculo, el Padre Matovelle les dio un Reglamento algo más riguroso que el de las Hijas de María, y el consejo de orar por las necesidades de los Oblatos y de la Parroquia de Azogues. Creía el Padre Matovelle

que Dios quiere salvar al mundo por medio del clero, y que da a cada país, diócesis y parroquias, sacerdotes en número y calidad proporcionados a las oraciones de los fieles.

Cada una de estas jóvenes debía considerarse como verdadera religiosa, con el mundo muerto para ella, y adorar a Dios en el más hermoso de sus atributos, el amor. Las reglas y prácticas de virtud, las devociones, los protectores y patronos eran los mismos de los Oblatos, atendida naturalmente la diferencia de sexos y que se trataba de personas que aun vivían en el siglo, aunque ya con el vivísimo deseo de ser novicias de una gran Religión, la del amor. Dios es caridad: su Amor está en la esencia misma de su Ser Infinito. Para el Padre Matovelle era un gran consuelo este grupo de almas escogidas, sacrificadas, que se interponían ante Dios para evitar el castigo por los crímenes políticos y los pecados públicos.

Esta idea de reparación, este temor social, diríamos, no era en Matovelle una idea aislada para el cultivo interno del alma, sino fuego interior con que inflamaba el alma

Contemplamos en esta imagen a cinco señoritas que, unidas por el amor y el fervor a Jesús Sacramentado, se reunían a diario a ofrecer su vida en oración constante, ellas le pidieron al Padre Matovelle que les ayudara a formar una comunidad religiosa como la que él había fundado con los hombres.

del prójimo. Sus amigos piensan como él; en carta confidencial el Sr. Belisario Peña le dice: "Me siento poseído de temores y dudas, veo el mal que crece, la juventud que se pervierte y junto a esto la ceguedad de muchas personas, la indolencia, el sueño, es estrago de las costumbres y el olvido de Dios. Pero me aliento y me consuelo cuando veo que hay aún almas que oran, que con la sencillez y pureza de vida detienen el azote de la Divina Justicia".

A estas jóvenes que oran, como auxiliares de los Oblatos confía el Padre Matovelle la dirección de una Escuela de niñas indígenas que funcionó en Azogues con maravillosos resultados para la cultura indígena; ella fue; en gran parte, causa de que desapareciese el quichua de la población, sabido es que, como idioma pobre de términos abstractos; el quichua era retardatario para la cultura si no veía en auxilio el castellano convertido en lenguaje propio, materno del indígena. En esta escuela llegó a tener unas doscientas niñas; para albergarlas hubo que utilizar un local fuera de la población, en la quinta de las señoritas Carrasco. Aquí, principalmente para atender a la Escuela, vino a organizarse una

pequeña comunidad femenina, con las mismas reglas de la Cofradía del Amor Divino apropiadas al caso. En 1887 Matovelle tuvo que trasladarse de Azogues a Cuenca a establecer la Casa Central del Instituto; con tal motivo, la pequeña Comunidad empezó a decaer hasta extinguirse por completo.

Pero la buena semilla se había sembrado y comenzaba a germinar. En Cuenca, a cuadra y media del Convento de los Oblatos de la Merced, vivían tres señoritas jóvenes, Amalia y Virginia Urigüen y Rosaura Toro y además una sirvienta, dedicadas a prácticas de piedad. Se turnaban en el servicio doméstico, obedecían a una de ellas como superiora y se ejercitaban en la oración, en las virtudes y en la caridad para con el prójimo como si se tratase de una verdadera comunidad religiosa. Estas señoritas expresaron al Padre Matovelle su deseo de formar un Instituto de mujeres, semejante al de los Oblatos y con reglas análogas.

El Asunto pareció providencial. El Padre Matovelle puso el hecho en conocimiento de su Congregación reunida en Capítulo en 1889, para que lo meditara y

Efectivamente el Padre Matovelle les dio la misma regla de los sacerdotes para que ofrecieran sus vidas como víctimas de suave aroma a Aquél que las llamó: Jesucristo, las hermanas que aparecen en la foto son: Amalia y Virginia Urigüen, Rosaura Toro, Josefa y Micaela Iñiguez

encomendara en sus oraciones. Y para complacer a las jóvenes les dio las reglas establecidas pocos años antes en Dijon, Francia, para la Asociación de penitencia en unión del Corazón Santísimo de Jesús, trasladada posteriormente a la Basílica de Montmartre, en Paris.

Así las cosas, a principios de 1891 muere una señora, Jacinta Zegarra, mujer célibe que habia consagrado su vida a la práctica de las virtudes. En el testamento dejaba una casa cerca de la Merced para que se fundara una Congregación religiosa de mujeres, con fines semejantes a las de los Sacerdotes Oblatos.

No había duda, Dios estaba de por medio. El Padre Matovelle consulta el asunto al Administrador Apostólico de la Diócesis, Rvdmo. Sr. Dr. Benigno Palacios y este accede a que las tres jóvenes y la sirvienta se trasladen a la casa de la señora Zegarra y den comienzo a una especie de Comunidad religiosa, sin capilla, sin clausura, con el hábito votivo de Nuestra Señora de los Dolores y con la Obligación de asistir a Misa diariamente en la Iglesia de la Merced, que estaba muy cerca y en donde se les señaló el sitio que debían ocupar.

La casa fue arreglada como para una Comunidad religiosa. El traslado se verificó el 16 de abril de 1891; y a poco ingresaron también las señoritas Josefa y Micaela Iñiguez, hermanas. Eran ya cinco. Se dieron un pequeño Reglamento interno que con ligeras modificaciones fue aprobado por el Padre Matovelle. Conforme a este Reglamento se levantaban y bañaban a las cuatro y media de la mañana. Aseo, oraciones, misa, oficios domésticos, desayuno, almuerzo, comida, adoración, examen de conciencia, lectura espiritual, todo tenía su hora fija. Conforme al espíritu oblato, desde las cinco de la mañana se ofrecían como víctimas en sacrificio para Adorar al Santísimo Sacramento, dar gracias a Dios, impetrar, reparar los crímenes públicos del Ecuador, y ofrecerse en holocausto como víctimas, fines eucarísticos; a las nueve del día el ofrecimiento era con espíritu de súplica, a las doce, en acción de gracias y a las tres de la tarde en holocausto. A las nueve y cuarto de la noche se recogían a dormir.

En la semana y en el mes había días de fiesta especial. Se impetraba con preferencia por el Ecuador y por la santificación del clero.

En la foto se observa la majestuosa Iglesia de Todos Santos, en donde comenzó la Congregación de Religiosas Oblatas en 1892, allí se encuentran sepultadas las primeras hermanas Oblatas que lo dieron todo por su Congregación naciente.

En estas circunstancias, con cinco hermanas y una sirvienta, con la aprobación y bendición del prelado, el viernes 8 de abril de 1892, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, se dio comienzo a la Congregación femenina de Oblatas de los Corazones Santísimos de Jesús y María. En un sencillo altar, ante la Imagen de la Virgen Dolorosa, el Padre Matovelle dice la Santa Misa, da la comunión y en sencilla plática expone la alteza del estado religioso, las obligaciones que impone, el fin que persiguen las Oblatas y las prácticas fundamentales de las Reglas.

Algo más de un año funcionó el Instituto femenino en esta forma provisional. El 17 de noviembre de 1893, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores y tercer domingo del mes, las cinco señoritas comienzan el noviciado y visten el hábito de la nueva Congregación. A poco ingresan las señoritas Angelice Corral y Filomena Abad y una sirvienta indígena muy virtuosa, María Encarnación Chuquirales.

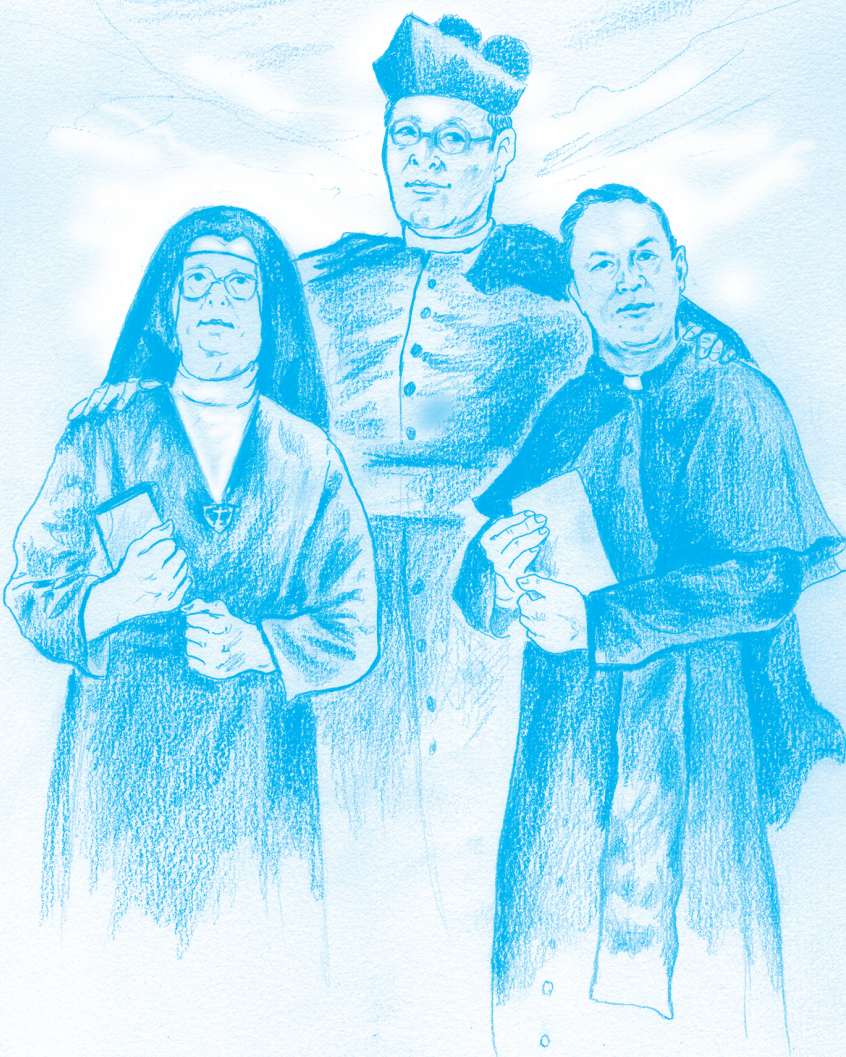
No todo se reducía a rezos; la Congregación era muy activa en el apostolado social y despertaba entusiasmo. Así la Municipalidad de Paute quiere tener Oblatas

al Frente de su Escuela y las tiene desde el 27 de septiembre de 1893.

Por tan buenos frutos, decide la Diócesis dar su aprobación al Instituto y lo da el 9 de marzo de 1894 elevando al rango de Congregación religiosa femenina diocesana, con los votos simples de pobreza, obediencia y castidad y empleo en obras de caridad como la educación de la niñez.

La casa madre vino a ser ya estrecha y como no estaba tan cercana como se quisiera de la Iglesia de la Merced, se la vende y con su precio y algunas otras sumas de dinero se compra otra casa más espaciosa, frente a la Iglesia misma de la Merced. El 16 de mayo de 1894 se verifica el traslado a esta nueva casa y el 24 de septiembre del mismo año las profesas renuevan sus votos anuales.

Cuatro años habían llevado las novicias vida de claustro en el mundo antes que el Sr. Obispo las estableciese definitivamente como Congregación religiosa femenina diocesana. El 8 de junio de 1895 se establecen también en Biblián, y el 3 de agosto de este mismo año la matriz



Se trata de una imagen en donde el Venerable Padre Matovelle, acoge en su pecho a las autoridades de las dos Congregaciones de Oblatos y Oblatas (1884 y 1892), llamados a trazar horizontes de fortalecimiento para el carisma, la vida y la misión Oblata.

de Cuenca se traslada al edificio e Iglesia construida con el nombre de Todos Santos con fondos propios de Monseñor León entregados a las Oblatas. Matovelle es el director espiritual de sus monjas; prefiere este cargo al de Canónigo de la Arquidiócesis que en 1894 le ofreciera el Excmo. Monseñor Gonzales Calisto, y que rehusara aceptar.

La Congregación de Hermanas Oblatas ha continuado desde entonces su camino de evangelización fieles a los designios inspirados por el Espíritu Santo a Matovelle, su apostolado se ha extendido a cuatro países y su servicio se ha ampliado a obras de impacto social más allá del apostolado tradicional de la educación, cuenta con la aprobación pontificia y con todas las etapas de formación, su caminar se ha prolongado por más de 125 años, bendito sea Dios que Matovelle vive en la Iglesia por medio de sus dos Congregaciones de Oblatos y Oblatas.

Estimados lectores, los hombres de Dios nunca mueren, tal es la fuerza y la vitalidad del Venerable Padre Julio María Matovelle, y más cuando encontramos en él

un modelo de excelencia en la fe, en las virtudes, en la caridad y el sacrificio, es el sacerdote, el poeta, el literato, el abogado, el parlamentario, el orador, el sabio y el santo; por todo lo anterior los animamos a permanecer expectantes frente a la publicación que le sigue a ésta: Matovelle, Apóstol del Sagrado Corazón de Jesús.

ISBN: 978-9942-8735-0-7

Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

Oh dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.

Si usted recibe un favor de Dios por intercesión del Venerable Padre Julio María Matovelle comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014
beatificacionmatovelle@gmail.com

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414

@PadresOblatos
Misioneros Oblatos
www.oblatos.com
APP PHYES
ANDROID APP ON Google play
Available on the App Store